

# EL ARISTÓCRATA EN LA PLAZUELA SEXTA Y ÚLTIMA PARTE: 1940-1955\*

Ignacio Blanco Alfonso

ORCID: 0000-0002-2595-464X

“Toda mi vida he tenido que estar atado en la galera de escribir artículos”  
(José Ortega y Gasset, 1953)

Con la última entrega de “El aristócrata en la plazuela” asistimos al final de una prolífica actividad intelectual en la que el periodismo ha desempeñado una estudiada función ética y estética. La obra de Ortega en su conjunto conviene leerla teniendo en cuenta esta cualidad formal y comunicativa con que su autor la concibió: una obra abierta, o sea, accesible y asimilable por el gran público, e igualmente incisiva en las cuestiones esenciales de la vida política e intelectual de su tiempo. Como el propio filósofo confesó en el “Prólogo a una edición de sus obras” (1932), muy pronto se percató de que “en nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Quien quiera crear algo –y toda creación es aristocracia– tiene que aceptar ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico”<sup>1</sup>.

Todavía en 1953, no muy lejano el final de sus días, seguía regurgitando dentro de Ortega esta conciencia de lo que podríamos calificar como “periodismo circunstancial”, o sea, un periodismo hecho al albur de los acontecimientos con la determinación de intervenir socialmente como solo el hombre de letras debe hacerlo, con la palabra: “Me daba pena –escribe en 1953 para justificar su inquietud por volver a escribir artículos– que todos los extraordinarios fenómenos acontecidos en el mundo desde hacía veinte años, no me parecían suficientemente analizados ni diagnosticados”<sup>2</sup>. No es necesario buscar otros adjetivos para describir su actividad periodística si dejamos resonar las propias palabras con que Ortega la define: “análisis” y “diagnóstico”. Este fue

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> V, 98.

<sup>2</sup> Carta de ORTEGA a Eduardo Mallea, [sin lugar], 22-VII-1953.

#### Cómo citar este artículo:

Blanco Alfonso, I. (2011). El aristócrata en la plazuela. Sexta y última parte: (1940-1955). *Revista de Estudios Orteguianos*, (23), 27-60.  
<https://doi.org/10.63487/reo.461>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 23. 2011  
noviembre-abril



su afán intelectual, analizar y diagnosticar los problemas de su tiempo, y el periódico, el instrumento propicio para intentar salvar su circunstancia.

Nos adentramos, a continuación, en los últimos años de la vida del gran filósofo español contemporáneo, que no pueden ser comprendidos sin tener en cuenta su circunstancia vital. El exilio y el difícil retorno a una patria subyugada por la Dictadura franquista marcan el quindenio que va desde 1940 hasta la muerte de José Ortega y Gasset, ocurrida en octubre de 1955. Desde 1934, el pensador está resuelto a no volver a la “galera” del periódico, pero tras su regreso de Argentina en 1942, recibe varias proposiciones que le llevan a replantearse el sentido de su intervención social. Sin embargo, son años de dificultad económica y anímica, y desde el destierro ¡todo es tan complicado! A la larga el sufrimiento pasa factura y algo de las heridas permanece. Como su admirado Antonio Machado cantara, “todo pasa y todo queda”. Las suspicacias y dudas con que Ortega encara esta recta final de su vida nos hablan, precisamente, de lo que queda, del peso acumulado en el alma del filósofo, y nos ayudan a comprender el final de su relación con la prensa.

### Los difíciles años 40 y 50

La vida en el exilio está pasando al filósofo una difícil factura emocional e intelectual. Entre los proyectos que había pergeñado para animarse a viajar a América estaba la firma de un contrato con Espasa-Calpe Argentina para la edición de sus libros. Con la frustración de esta posibilidad, más la cancelación de otras tentativas de cursos y conferencias por el continente, Ortega entra en una fase anímica deplorable.

Además del clima bélico que domina la atmósfera mundial, en España tampoco parecen darse las condiciones propicias para el regreso, que en el fondo era lo que Ortega necesitaba para recobrar el tono vital: asentarse con su mujer y sus hijos en su tierra materna, cerca de las “amistades fecundas” y de los suyos. No puede asistir al entierro de su madre, Dolores Gasset, ni de su hermana, Rafaela; ni a la boda de su primogénito Miguel, ni al nacimiento de su primer nieto. Las páginas que Javier Zamora Bonilla dedica a esta etapa de la vida de Ortega permiten formarnos una idea cabal de las profundas dificultades que sorteó para mantenerse a flote: “El año 1941 fue para Ortega el más duro de su vida”, escribe Zamora. Además de los problemas de salud, “todos los proyectos le salieron mal”, por lo que se sumió en la “desesperanza y en la abulia”<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, p. 444.

En este contexto es fácil de comprender que la década de los 40 no fuese una etapa prolífica desde el punto de vista periodístico. Tan solo encontramos esporádicas colaboraciones en la prensa extranjera, y no en diarios sino principalmente en revistas, cuyo formato se adaptaba mejor al tipo de artículos largos y sesudos de los últimos tiempos. El autor se ha impuesto no escribir más artículos de periódico, al menos de forma continuada. Como se explica en la “Nota a la edición” del sexto tomo de las *Obras completas*, que reúne textos desde 1941 hasta 1955, “en esta época son muy pocas las obras que responden a esta forma de publicación que había sido tan propia del filósofo”<sup>4</sup>. El restablecimiento de la relación con el periódico bonaerense solo fue aparente y se desdijo definitivamente tras el año 40. Eduardo Mallea, sin embargo, no cesará en su intento de recuperar a Ortega para *La Nación*, como atestiguan las cartas del Archivo que llegan casi hasta la muerte del filósofo.

Aunque son muchas las invitaciones que Ortega recibe para escribir en medios de comunicación de muchos lugares, como *España* de Tánger o *La Vanguardia* de Barcelona, al principio de la década todavía no se encuentra con ánimo para emprender ninguna singladura de estas características. Parece como si el filósofo no se decidiera a resolver ninguna de las proposiciones hasta que se despeje su horizonte vital, cuya circunstancia pasa inexorablemente por abandonar América y acercarse a España. La oportunidad se presenta en marzo de 1942, cuando Ortega y su esposa parten de Argentina hacia Portugal, primero con la intención de pasar unos meses cerca de los suyos, pero finalmente para establecer en Lisboa su domicilio, que mantendrá hasta el final de su vida.

Con un pie puesto en la Península Ibérica, Ortega recupera el ánimo y con él la iniciativa para nuevos proyectos. En distintos escritos encontramos pistas del cambio que se ha producido en la existencia del filósofo, pero probablemente en ninguno como en el inédito “[Llevo doce años de silencio...]”<sup>5</sup>. La filiación de este escrito en 1945 está razonada en la “Nota a la edición” del noveno tomo de las *Obras completas*. El texto tiene apariencia de artículo periodístico, por su extensión, por el estilo y por las referencias explícitas que hace el propio Ortega a “este primer artículo” y a “futuros artículos” en los que se ocupará de las cuestiones que ahora se limita a mencionar. Si así fuera, podríamos estar ante la primera colaboración con el periódico *España*, de Tánger, que por entonces dirigía su discípulo y fiel amigo Fernando Vela.

Comienza Ortega afirmando con rotundidad: “Llevo doce años de silencio. Durante nueve años y medio he vivido en la emigración. En rigor, sigo en ella. Hay pues, dos cosas, dos humildes cosas a las cuales nadie puede enseñarme:

<sup>4</sup> VI, 969.

<sup>5</sup> IX, 703-706.

a callar y a emigrar”. La contundencia del exordio no deja atrás los subsiguientes párrafos, en los que el filósofo desentrañará la razón del silencio que durante años se ha visto obligado a acatar todo intelectual de cualquier latitud. Sin embargo, con una energía que hacía años que no encontrábamos en sus palabras, afirma Ortega que “ha llegado el momento de quebrar esta decenaria taciturnidad. Se entiende de intentarlo”. Su propósito será desentrañar el “torrente de terribles acontecimientos” que durante años ha sumergido a las gentes de todo el mundo, lo que se presenta como una “larga faena que ha de ocuparme, artículo tras artículo, durante mucho tiempo”.

Ortega entiende que la humanidad ha vivido durante la Segunda Guerra Mundial en una “gigantesca ratonera”, una “sideral prisión” de la cual empieza a emerger en la fecha del escrito. Frente a estas metáforas, Ortega sitúa la de la “isla desierta”, imagen con la que representa el lugar con el que han soñado tantos hombres durante estos años. Precisamente “La isla desierta” es el título que escoge para “un futuro artículo de esta serie”, dice. No obstante, condiciona esta posibilidad a un estado de libertad de expresión que le permita no solo verbalizar la verdad, sino *de-clararla*. Esto, precisamente, “es lo que no ha podido hacerse *en ninguna parte del mundo* durante estos diez años. De aquí la gravedad y el carácter problemático que tiene empezar ahora de nuevo a decir”.

De lo que llevamos leído se extraen sin dificultad dos nuevas perspectivas que nos permiten interpretar el cambio producido en el filósofo hacia 1945. Por un lado, queda patente su decisión de volver a escribir en los periódicos, razón que encuentra en el nuevo escenario planteado por el final de la Guerra y la necesidad de iluminar la negra existencia del momento. Que el lugar escogido sea *España* de Tánger resulta bastante probable de acuerdo con la correspondencia mantenida con Vela.

Conviene aclarar antes de proseguir que el diario *España* había nacido en Tánger en octubre de 1938 como órgano de propaganda franquista. Al frente del negocio se encontraba Gregorio Corrochano, empresario, periodista y ensayista español nacido en Talavera de la Reina el 8 de abril de 1882, que se había hecho famoso y respetado en el ámbito periodístico por sus crónicas taurinas en *ABC*. Hombre inteligente y conocedor de los entresijos del periodismo, había configurado una redacción de profesionales simpatizantes del Movimiento, pero a la vez con capacidad intelectual para desempeñar una labor informativa y editorial aceptable que pasara desapercibida para la censura. Entre otros conocidos nombres de las letras españolas recalaron en *España* de Tánger Ramón Menéndez Pidal, Pedro Laín Entralgo, Agustín de Foxá, Fernando Vela, Jaime Menéndez, Rafael Sánchez Mazas... La interpretación que de todo ello extrae Juan Manuel Menéndez, en dos artículos de opi-

nión publicados en *Marruecos Digital* (1-III-2007 y 29-III-2007), es que *España* de Tánger supuso una continuación del gran periódico *El Sol*, clausurado, como sabemos, en 1936.

Por otro lado, el hecho de que Ortega apele a la libertad de expresión como condición para volver a la prensa, nos induce a pensar que no las tenía todas consigo. Esta cuestión inquietaba su ánimo y le impedía encontrar una resolución para su futuro periodístico.

Como sabemos, el artículo “[Llevo doce años de silencio...]” quedó inédito. La razón podemos buscarla en una carta que el 18 de marzo de 1946 le escribe Fernando Vela desde Tánger<sup>6</sup>. Por el comentario del primer párrafo, en el que Vela le responde a Ortega que lo que le ha solicitado parece un informe sociológico de Tánger, nos hacemos una idea de los temores que albergaba el filósofo antes de animarse a emprender la colaboración. No obstante, si ya había redactado el primer artículo, la cosa debía estar más bien atada. Efectivamente, la extensa carta de Vela es una radiografía de la situación en Tánger desde 1938, año en que el discípulo orteguiano fecha su llegada a la ciudad magrebí. Le habla, con gracia, de los periódicos que se encontró a su llegada: “*España*, de carácter nacionalista, dos republicanos (uno de ellos muy rojo), un periódico francés, poco afecto a la España nacional, otro inglés del que se puede decir lo mismo y uno italiano fascista. Se atacaban, pero muy ligeramente y la polémica nunca pasó del ámbito periodístico”. Tras la ocupación española de la ciudad internacional, los periódicos siguieron manteniendo sus líneas editoriales como si tal cosa: “Hoy el diario francés publica las informaciones contrarias al Gobierno español y *España* la defensa de nuestro país. Pues bien, es como si uno las publicara allí y otro a mil kilómetros de distancia”, concluye Vela para clarificar a Ortega que en Tánger hay libertad de prensa.

En otro detallado párrafo de la misiva, Fernando Vela proporciona a Ortega datos concretos del periódico *España*, “propiedad de Corrochano exclusivamente”. Según Vela, la tirada del diario rondaba en 1946 los 40.000 ejemplares, y aunque podría aumentar por la demanda del público, lo cierto es que estaba muy condicionada por la carestía y escasez de papel provocadas por la Guerra. Vela no oculta a Ortega las dificultades económicas de la empresa pero, en un gesto que podría agradar al filósofo, recalca que “no tiene ni ha tenido nunca subvenciones”. La escasa distribución por Tetuán, el Marruecos español y Andalucía, así como los mil ejemplares que según Vela se vendían en Barcelona y en Madrid, “naturalmente aumentarían” con las colaboraciones de Ortega.

<sup>6</sup> Las referencias a este asunto en carta de Fernando VELA a Ortega, Tánger, 18-III-1946.

En otra vuelta de tuerca sobre la censura, Fernando Vela le aclara que “la información la recibe directamente de la Reuter y otras agencias extranjeras por teletipo sin pasar por Madrid, aunque también publica parte de la información transmitida por la Agencia española oficiosa Efe, principalmente en lo que se refiere a España”. Por todo ello, Vela cree que Ortega debe abandonar las suspicacias porque *España* “hoy no está sujeto más que a la autocensura; no recibe más consignas que de Tetuán, que son escasísimas, y de nuestro Cónsul general en Tánger, Cristóbal del Castillo, también muy parco en ellas”. Las dudas de Ortega estaban fundamentadas, no obstante, porque en 1942 la difusión del diario en España fue suspendida durante once meses por la censura franquista, pero Vela le explicaba que “al cambiar el curso de la guerra esa prohibición fue levantada”.

En resumen, Fernando Vela cree que lo importante para el periódico es el “público español”, por lo que insta al filósofo a concretar los términos de su colaboración: “Espero con gran impaciencia su primer artículo. Dígame si antecedendo a ese primer artículo ha de hacerse una entrada diciendo alguna cosa: por ejemplo, que no colabora en ningún periódico español desde 1934. Usted aconsejará sobre lo que debe decirse. ¿Conviene hacer una propaganda previa de sus artículos? ¿Leve, moderada o a todo tren?”.

#### Documentos:

José Ortega y Gasset en el puerto de Buenos Aires, a punto de embarcar rumbo a Europa. [Marzo de 1942]



Llegada a Lisboa. En primer término vemos a Ortega, y tras él, entre otros, de derecha a izquierda, su hija Soledad, su mujer Rosa Spottorno y su secretaria, Dolores Castilla. [Primavera de 1942]



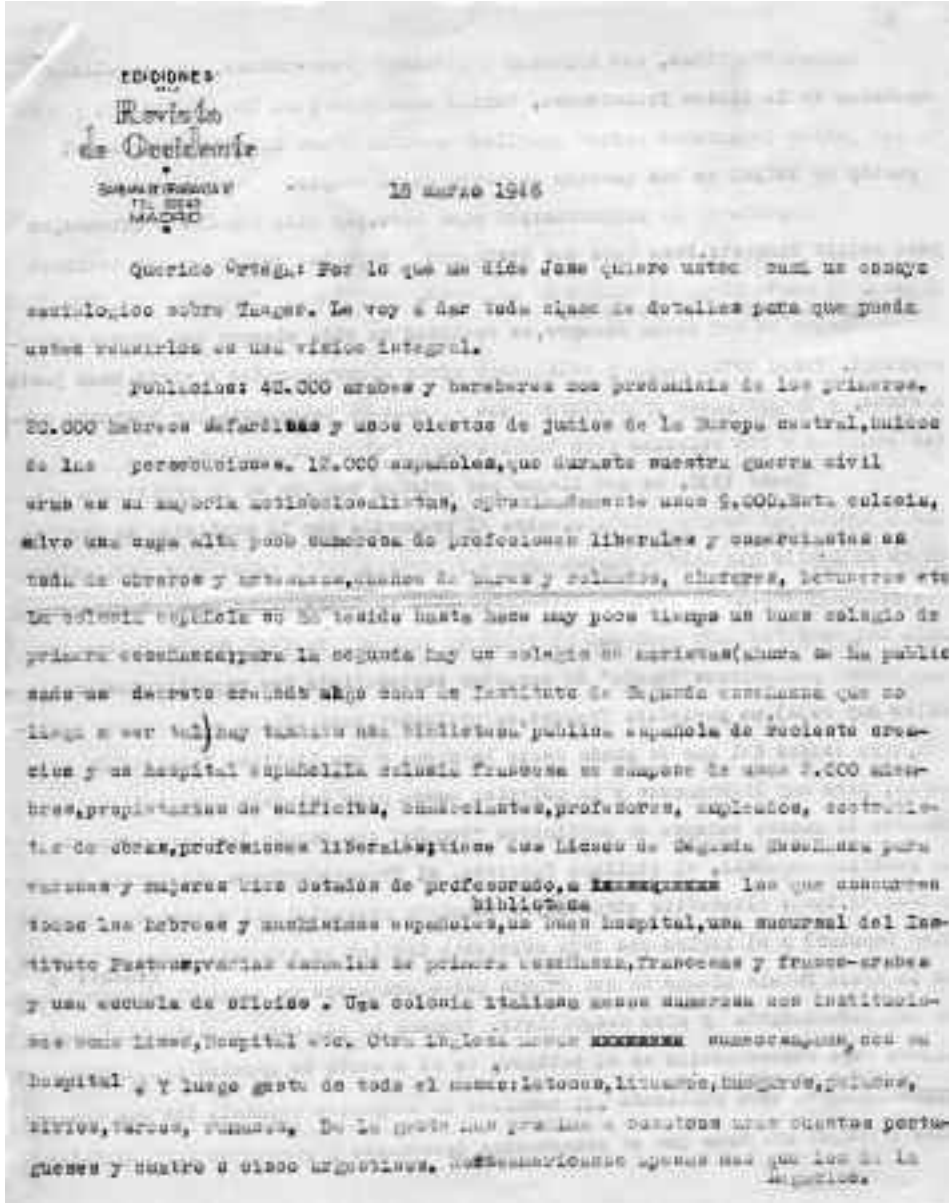
Foto familiar de Ortega, ya en Portugal, con su mujer Rosa Spottorno y su nieto José Miguel. [1942]





ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Primera página de la larga carta de Fernando Vela en la que informa a Ortega de la situación en Tánger, 18-III-1946.



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

## Contactos con *La Vanguardia*. 1946

Como vemos, este año de 1946 resulta clave porque empieza a tomar forma un nuevo horizonte periodístico para Ortega. A la vez que Fernando Vela le escribía desde Tánger, don José se ve envuelto en otra tentativa de comenzar a publicar en un periódico en España. La ocasión se presenta porque su familiar, Luis Martínez de Galinsoga y de la Serna, conocido en el gremio como Luis de Galinsoga, periodista adepto al Régimen, fue designado por Franco director de *La Vanguardia*. El periódico catalán, uno de los más antiguos de España (comenzó a publicarse el 1 de febrero de 1881), había sido incautado por “los nacionales”, que impusieron a la familia Godó, propietaria de la cabecera, dos condiciones para permitir su existencia: la primera, que debía llamarse *La Vanguardia Española*, y, la segunda, que el director fuese nombrado por el Régimen. Los Godó no tuvieron más remedio que aceptarlo y el veterano rotativo barcelonés se convirtió en un órgano más de la propaganda franquista, con la consiguiente tilde anticatalana que Galinsoga se encargó de imprimirle.

Como todo lo que se publicó durante los férreos años del comienzo de la Dictadura, los artículos de Ortega también debían someterse a la censura previa, escollo que, como ya sabemos, será difícil de obviar por el filósofo, quien no termina de ver clara su colaboración. La primera carta que se conserva en el Archivo sobre este asunto data del 5 de noviembre de 1945. Por ella sabemos que la propuesta de vincular la firma de Ortega con *La Vanguardia Española* se le trasladó al filósofo en el verano de ese mismo año por medio del corresponsal del periódico en Lisboa, a la sazón Antonio Martínez Tomás. En la carta, Galinsoga le expresa que “sería para mí un singular honor y para mi ejecutoria periodística de Director un timbre de ufanía, lograr que *La Vanguardia* fuese el primer periódico español en que apareciese tu firma después de tu repatriación”. Galinsoga presiente “lo ambicioso” de tal deseo, de ahí que invite a Ortega a que establezca “con absoluta independencia” las condiciones de la colaboración. Se despide firmando como “tu devoto admirador y amigo”<sup>7</sup>.

No se conserva la respuesta de Ortega, si es que la hubo por escrito. En cualquier caso, los contactos se produjeron utilizando como correo al mencionado Martínez Tomás, pues en abril de 1946, Galinsoga escribe a Ortega y le habla del “feliz acuerdo al que hemos llegado, especialmente honroso para mí”<sup>8</sup>. Más en concreto, alude a “tu resolución de distinguir a *La Vanguardia* con la exclusiva de tu egregia colaboración en España”. La carta no deja lugar a dudas sobre el supuesto acuerdo que han alcanzado: “Espero con ansiedad tu primer artículo y los sucesivos. Ya le dije a Martínez Tomás que nos parecía

<sup>7</sup> Esta y las anteriores en carta de Luis de GALINSOGA a Ortega, Barcelona, 5-XI-1945.

muy bien tu propuesta en todos sus extremos". Es evidente que Ortega ha puesto una serie de condiciones y que *La Vanguardia* las ha aceptado.

Como nosotros sabemos que Ortega tenía sobre la mesa la colaboración con el diario *España* de Tánger, no nos resulta difícil interpretar el sentido de este párrafo escrito por Galinsoga: "Agradecemos igualmente tu rasgo caballeroso de que podamos compartir con algún otro periódico la exclusiva. Pero esto lo declinamos, porque no queremos prescindir del honor de que dicha exclusiva sea absoluta para *La Vanguardia*". Parece evidente que Ortega pensó en simultanear los artículos en ambos periódicos, tal vez por prudencia frente a la censura franquista.

Don José no deja transcurrir demasiado tiempo antes de contestar a su pariente. La carta, de dos páginas mecanografiadas, la fecha Ortega en Madrid, el 27 de mayo de 1946. Se encontraba en Madrid porque el día 4 de mayo había pronunciado la conferencia "Idea del Teatro" en el Ateneo madrileño, invitado por su director Pedro Rocamora. La conferencia es la misma que el 13 de abril había dado en Lisboa, profusamente recogida por la prensa, también por *La Vanguardia* que daba una crónica del corresponsal Antonio Martínez Tomás. Volviendo al meollo de la negociación con el periódico de los Godó, ya en la tercera línea de la carta vislumbramos su sentido; Ortega explica a Galinsoga que no se ha demorado en contestar por desatención, sino porque "ha tardado en formarse dentro de mí la respuesta", y añade enigmático: "Nota que se trata de una cuestión de cierta gravedad, no para mí ni para ti, sino para las cosas mismas"<sup>8</sup>.

Es necesario leer un poco más para que el resquemor del filósofo sobre la censura empiece a aflorar. "Esta serie de artículos a la que después de doce años de silencio me siento incitado, primero por mi convicción de que ha llegado el momento de volver a «hablar en serio» de las cosas; segundo, por solicitudes muy intensas y múltiples que me han llegado precisamente de extranjeros, va a ocuparse de los grandes problemas del mundo y entre ellos los particulares de España, a fin de situarlos dentro de su perspectiva". Ortega explica además que serán artículos "doctrinales", lo que elimina "toda virulencia o inmoderación". Hasta aquí todo entra dentro de lo normal, y probablemente Galinsoga estuviera asintiendo mientras leía las palabras de su pariente.

Sin embargo, en el segundo párrafo encontramos nítidamente expuesta la explicación del problema. Ortega no ha contestado antes porque quería conocer de primera mano (él habla de "experimentación") y no telemáticamente, cuál era el ambiente en España, de ahí que hubiera esperado a dar la conferencia en el Ateneo antes de formalizar su compromiso con *La Vanguardia*.

<sup>8</sup> Esta y las inmediatas en carta de Luis de GALINSOGA a Ortega, Barcelona, 9-IV-1946.

<sup>9</sup> Esta y las siguientes en carta de ORTEGA a Luis de Galinsoga, Madrid, 27-V-1946.

dia. ¿Cuál fue el resultado del viaje a España? “Este experimento rectifica un poco mi creencia en que era ya posible, con suficiente normalidad, escribir en la prensa española sobre los temas que tengo en proyecto tratar”, y añade que “siempre pensé que esto era algo problemático”.

Esta creencia explica que no abandonara la posibilidad de publicar en Tánger. Ortega entiende que la situación en España es anacrónica “con respecto al temple a que ha llegado la conciencia pública”, y se muestra esperanzado en que pronto cambiará la situación. Por todo ello, le pide a Galinsoga que evite sus cautelas, porque quiere evitar “roces y dificultades que para nadie pueden ser fértiles”. A la vista de este giro inesperado para *La Vanguardia*, le plantea al director la siguiente propuesta: “Creo, en conciencia, que debo comenzar publicando esos artículos en *España* de Tánger (aparte Suiza y Norteamérica donde han de publicarse también). Si se ve que la publicación no levanta polvareda o que, como espero, la censura de la península progrese hacia mayores holguras, podría hacerse su publicación en *La Vanguardia* como estaba convenido. Ni que decir tiene que yo supedité la publicación exclusiva de estos primeros en España a la condición de que cuando yo lo juzgara oportuno volvieresen a situarse las cosas según hace semanas convinimos”.

Consciente de la faena que esto suponía para el rotativo catalán, Ortega regala parabienes a Galinsoga, a quien trata de “primo”, y reconoce la generosidad de *La Vanguardia* en interesarse por su obra.

Apenas habían pasado dos días cuando Luis de Galinsoga vuelve a escribir a Ortega. Como no podía ser de otro modo, a fuer de mantener la delicada relación con el filósofo, Galinsoga le muestra su “conformidad” con todo lo planteado en su carta y con sus “archijustificadas cautelas”. Aún iba más allá el escritor franquista y le anunciaba su intención de desplazarse a Madrid para tratar directamente con el Régimen las reservas de Ortega respecto a la censura, por supuesto en “provecho de tu colaboración, egregia siempre, pero en estos momentos, preciosa por motivos que están en la conciencia de todos, sino en provecho del Régimen mismo y de la altura de nuestra Prensa”. Todavía pudo elevar más el tono al vincular los artículos de Ortega “al provecho de España ante el Mundo”.

Galinsoga pide a Ortega que retrase su compromiso con *España* de Tánger hasta que se resuelvan sus pesquisas en Madrid. No solo se lo pide en provecho de *La Vanguardia*, sino también del mismo Ortega, y le avisa de que la prensa española reproducirá inmediatamente sus artículos con las previsibles mutilaciones de la censura, “estragos” dice, lo que podría deformar el sentido exacto de sus palabras. “Otra posibilidad es que la Agencia oficial circule a la Prensa de toda España extractos incompletos, y tal vez desdichados de tus artículos que produzcan en la conciencia pública, una confusión sobre tu punto de vista y sobre

tus juicios, que son siempre tan diáfanos”<sup>10</sup>. Como se ve, Galinsoga no daba puntada sin hilo, y prevenía a su primo de la “desorientación” a la que se verá abocado si acepta la colaboración con el periódico magrebí.

Efectivamente, la reunión entre el periodista conservador y el ministro de Educación Nacional, a la sazón José Ibáñez Martín, conde de Marín, se produjo en Madrid. La solución de la consulta que Galinsoga traslada a Ortega es que “tus artículos no serán sometidos, después que yo los reciba y los despache, sino al exclusivo conocimiento y aprobación del Ministro de Educación Nacional, sin otras interferencias ni intervenciones”. El periodista esperaba, equivocadamente, que a Ortega le pareciera bien esta solución y que pronto *La Vanguardia* empezaría a publicar los “ansiados” artículos del filósofo. Pero no fue así. En mayo de 1946, en una breve carta que Galinsoga escribe a José Ortega Spottorno, le expresa el interés que tiene en hablar en persona con su padre sobre el asunto de su colaboración con *La Vanguardia*. El hijo de Ortega le responde con una breve nota en la que le informa de que su padre ha partido para Lisboa, pero que telefónicamente le ha transmitido su interés por entrevistarse con él. Elocuente resulta el comentario que Ortega Spottorno añade: “Le parece muy bien la entrevista que proyectas, con tal de que no se trate solamente de dejarle a él libre de censura, pues esto sería un privilegio inoperante a los efectos prácticos que podrían tener, sobre todo en el extranjero, sus artículos”<sup>11</sup>. Se entiende que Ortega desconfía del resultado que para su reputación pudiera suponer figurar como colaborador de un periódico franquista.

Por otra carta fechada en enero de 1953, sabemos que Galinsoga mantuvo viva durante muchos años la esperanza de contratar la firma del prestigioso pensador. “Hace mucho tiempo –escribe en 1953– me honraste acogiendo con simpatía mi propuesta de colaboración tuya en *La Vanguardia* en las condiciones que tú señalases”, y ahora le “suplica” que reconsidere la propuesta dado que la situación es diferente. Aprovecha la misiva para pedirle que atienda a un periodista de *La Vanguardia* que desea entrevistarle, pero Ortega se niega porque “desde hace muchísimos años –puede que sean 30– creí debido no realizar ninguna entrevista periodística”, lo que le ha resultado “sumamente provechoso” pues, a cada solicitud que recibía, siempre podía contestar con que no concedía entrevistas: “Quebrar este consolidado sería para mí catastrófico”. Respecto al recuerdo de la colaboración que jamás se consolidó, Ortega lo zanja explicando que “hoy por hoy no creo que convenga a ese periódico ni mi colaboración ni publicar una entrevista conmigo que mereciese un poco la pena”<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Esta y las referidas a este tema en carta de Luis de GALINSOGA a Ortega, Barcelona, 29-V-1946.

<sup>11</sup> Carta de José ORTEGA SPOTTORNO a Luis de Galinsoga, Madrid, 1-VI-1946.

<sup>12</sup> Esta y las anteriores sobre este tema en carta de ORTEGA a Luis de Galinsoga, Lisboa, 24-I-1953.

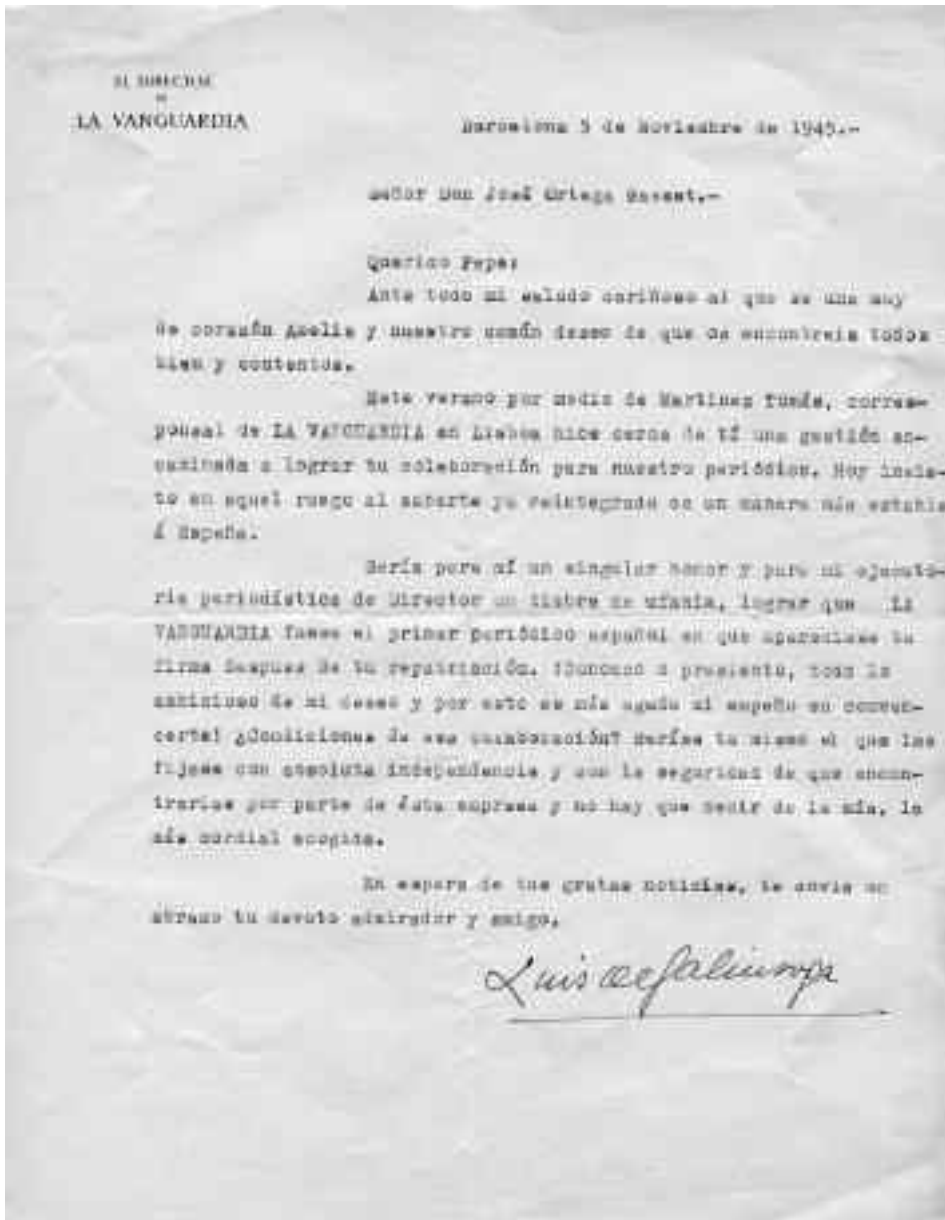
Hasta aquí la correspondencia entre los dos parientes lejanos. Así se frustró el intento más serio de colaboración periodística que tuvo Ortega en España durante la Dictadura franquista. Luis de Galinsoga no logró arrancar del filósofo un compromiso que le permitiera henchir sus ínfulas de periodista influyente y con contactos. Puede que la esterilidad de su relación epistolar con Ortega esté detrás de la biliosa necrológica que le dedica al filósofo desde las páginas de *La Vanguardia* con motivo de su muerte en 1955. Habla Galinsoga de un “Ortega esclavo de una pasión y casi de un sectarismo totalmente incompatibles con su alto señorío intelectual”. “No –escribe– la muerte no destruye los hechos de una vida”, por eso escoge el día de su muerte para recordar “la verdadera intoxicación espiritual que padeció Ortega en aquellos meses de funesta recordación”, y sorprenderse de los “abismos de equivocación a que puede llegar una mente presa de la enfermedad”. En fin, el que antes se llamaba admirador de la obra y del pensamiento de Ortega, se retrata en esta desafortunada página que tanto contrasta con el tono y el sentir de las cartas leídas. Para rematar la necrológica, y en sintonía con el tratamiento periodístico que la prensa franquista hizo de la muerte de Ortega, Galinsoga también aludía a la formación religiosa que albergaba el filósofo “soterrada bajo densos aluviones de errores filosóficos y acaso también de frívolas coqueterías”<sup>13</sup>.

---

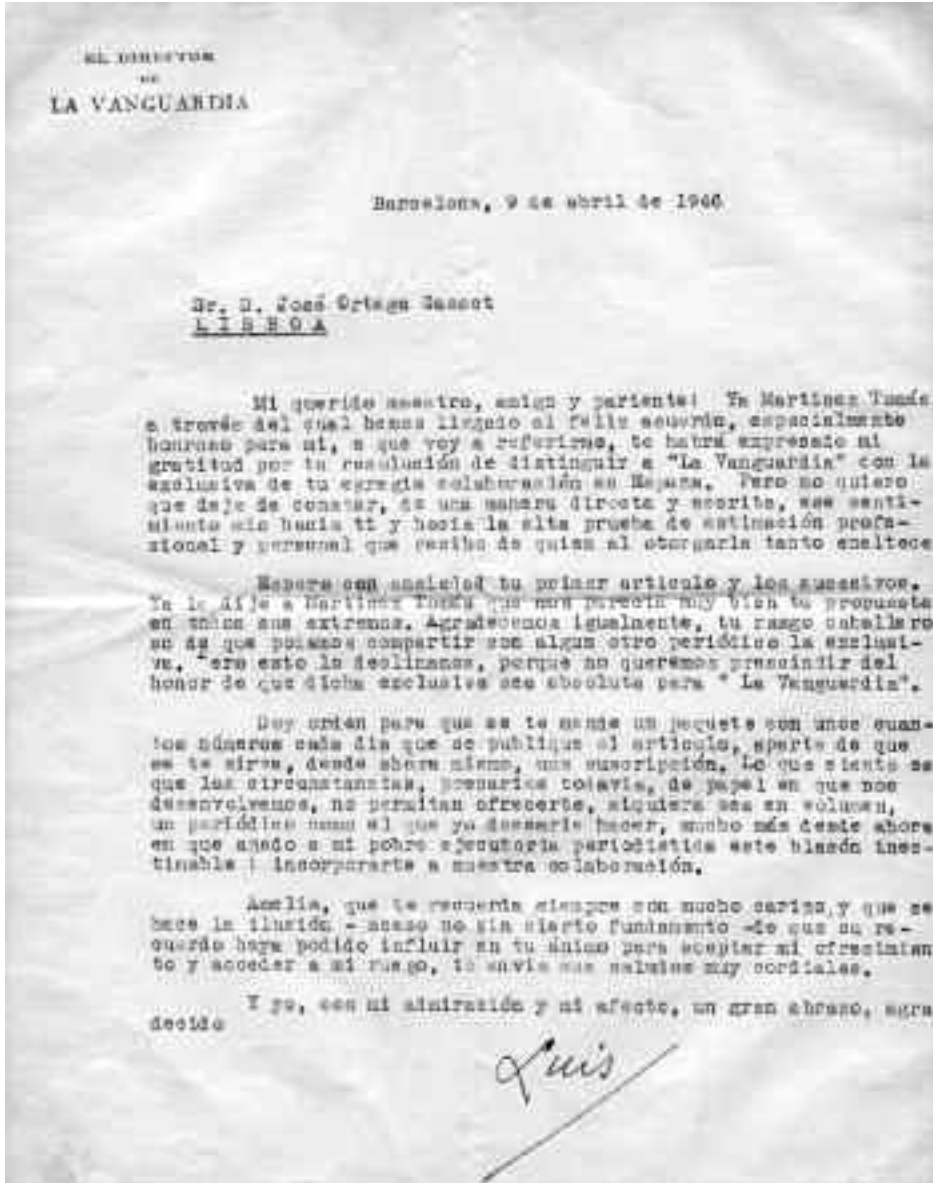
<sup>13</sup> Luis de GALINSOGA, “Los hombres y los días. Ante la verdad del más allá”, *La Vanguardia*, 19-X-1955. Para conocer más a fondo el tratamiento periodístico de la muerte de Ortega, véase Ignacio BLANCO, “Otoño de 1955: conmoción por la muerte de Ortega”, *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11) 2005, pp. 78-150.

## Documentos:

Carta de Luis de Galinsoga a Ortega. Barcelona, 5-XI-1945



Carta de Luis de Galinsoga a Ortega. Barcelona, 9-IV-1946



*La Vanguardia Española* dedicó toda la portada de su edición dominical a la conferencia “Idea del Teatro” dada por Ortega en el Ateneo de Madrid. 5-V-1946



Dos días después, *La Vanguardia Española* seguía informando de la conferencia de Ortega en el Ateneo. 7-V-1946



Carta de Ortega a Luis de Galinsoga. Madrid, 27-V-1946



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Carta de Luis de Galinsoga a Ortega. Barcelona, 29-V-1946

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

En el nombre de Dios, Amén.

Señor don José Ortega y Gasset,

Barcelona, 29 de Mayo de 1946.

Me permito dirigirme a usted para expresarle mi agradecimiento por haberme permitido leer su obra "El hombre y su mundo", que he leído con gran interés y satisfacción. Me ha resultado muy interesante y útil, especialmente en lo que se refiere a la filosofía y a la historia de la cultura. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo. Me ha dado una visión muy clara de la situación actual de la cultura y de la filosofía en España y en el mundo.

Luis de Galinsoga

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

## Final de un ciclo. 1949-1953

Ninguna de las posibilidades que se le brindaron al filósofo fue aprovechada para reintegrarse en la vida periodística española. La indecisión domina a Ortega, que muestra una actitud suspicaz y cautelosa, sin duda motivada por los desengaños del pasado que ahora regresaban a su memoria acentuados por la censura y la incertidumbre sobre su futuro inmediato. Parece que la edición y traducción de sus libros le interesa más que la prensa, aunque como hemos visto en su correspondencia, tenía interiorizada la necesidad de ocuparse de desentrañar el sentido del mundo en largas series de artículos. Por lo que vemos y por lo que está biografiado, el Ortega del exilio, con una salud renqueante, es un hombre voluble al que le cuesta encarar con decisión nuevos proyectos periodísticos.

Del periodo correspondiente a los últimos años de vida del filósofo, no podemos hablar, en puridad, de ningún artículo periodístico. Los textos que aparecen en la prensa desde su ruptura con *La Nación* en 1940, proceden en su mayoría de conferencias y cursos, en algunos casos revisados y autorizados por Ortega, como el “Discurso a los universitarios de Berlín” publicado en el semanario *La Hora* (6-XI-1949). A estas alturas, el reconocimiento internacional del pensador es muy importante, y los periódicos nacionales y extranjeros recogen con profusión sus intervenciones públicas. Podemos asegurar, en cierto modo, que por el contenido de lo que fragmentariamente aparece en la prensa, Ortega cumplió su deseo de ocuparse de la larga “faena” de explicar los profundos problemas acuciantes.

El detalle cronológico de los escritos aparecidos en prensa de habla hispana entre 1945 y 1955 es el siguiente: “Prólogo de Ortega a un libro de Dilthey. Primeras páginas del prólogo del libro *Introducción a las ciencias del espíritu*, próximo a publicarse” (*Boletín Editorial de la Revista de Occidente*, marzo de 1946); “La reviviscencia de los cuadros” (*Leonardo*, mayo de 1946); “Instituto de Humanidades” (*Revista de Psicología General y Aplicada*, julio-septiembre de 1948); “Ortega y Gasset en el II Centenario del nacimiento de Goethe. Trozo de la conferencia «Goethe sin Weimar», pronunciada por don José Ortega y Gasset en Hamburgo el día 1 de septiembre en la «Sociedad de Amigos de Goethe en Weimar»” (*Boletín Editorial de la Revista de Occidente*, octubre de 1949); “Discurso a los universitarios de Berlín” (*La Hora*, 6-XI-1949); “Alrededor de Goethe” (*Ínsula*, diciembre de 1949); “Se discute en la luz y en la sombra, la vida y el arte de Goya” (*Semana*, 28-II-1950); “La reviviscencia de los cuadros” (*Boletín editorial de la Revista de Occidente*, marzo de 1950); “En torno al «Coloquio de Darmstadt, 1951»” (*España –Tánger–*, 7, 14 y 21-I-1952); “En torno al «Coloquio de Darmstadt»” (*La Nación –Buenos Aires–*, 15-VI, 6 y 27-VII-1952”).

A ellas hay que sumar las publicaciones en la prensa extranjera en lengua inglesa, alemana y francesa, cuyo detalle se puede consultar en la “Cronología del *corpus* textual” incluidas en el último tomo de las *Obras completas*<sup>14</sup>, siempre que su publicación sea previa a la española.

En una carta que el director y propietario del diario *España* de Tánger, Gregorio Corrochano, envía a Ortega en marzo de 1949, todavía sigue abierta la negociación para vincular la firma del filósofo. Fernando Vela media en estas conversaciones, y transmite a Corrochano la sensación de que tal vez haya mejorado “la posibilidad” para que se resuelva favorablemente la pretensión del periódico internacional. Sin duda, Corrochano sabe que la precaria libertad de expresión de la prensa española es una de las razones por las que Ortega no se ha decidido a concretar el ofrecimiento que se le hizo en 1946, como hemos visto páginas atrás.

No obstante, Gregorio Corrochano parece decidido a contar con Ortega como “la primera firma española”, aunque la complicada situación financiera de la empresa le lleva a ser prudente y a plantear una nueva complicación: “Dado que su colaboración no tiene precio, con toda sinceridad le confesamos que no nos atrevemos a proponer por nuestra cuenta las condiciones económicas, prefiriendo que usted nos comunique las que puedan convenirle, con el ruego de que tenga en cuenta la distinta situación en que actualmente se encuentra este periódico que, por una serie de circunstancias adversas, que a Vd. no se le ocultarán, precisamente estos días ha tenido que reunir a su Consejo de Administración para ver el modo de salvar las dificultades”<sup>15</sup>.

El asunto no fraguó. Lo máximo que conseguiría publicar *España* de Tánger será las tres entregas de los Coloquios de Darmstadt, de 1951, que comentaremos más adelante. Por lo que deducimos de la correspondencia orteguiana de estas fechas, las dificultades económicas influyeron en la causa para que el filósofo declinara emprender esta colaboración u otras como la de *La Vanguardia*. Pero sobre todo fue la distancia intelectual entre Ortega y una prensa intervenida hasta la médula por los franquistas, lo que obstaculizaba cualquier intento de volver a escribir en los periódicos españoles.

Esta hipótesis está alimentada, entre otros, por contactos epistolares como el que Ortega mantiene con Jaime Suárez, director del semanario de los estudiantes españoles *La Hora*. Sus cartas nos sirven no solo para ver más clara esta intuición, sino también para reconstruir la publicación de un interesante texto de esta época. El 11 de octubre de 1949, Suárez le envía una felicitación por las repercusiones internacionales de las conferencias de Ortega sobre Goethe en el extranjero, circunstancia que aprovecha para pedirle un favor: “Queremos

<sup>14</sup> X, 637-651.

<sup>15</sup> Carta de Gregorio CORROCHANO a Ortega, Madrid, 30-III-1949.

que sea V. quien abra el primer número de este curso, que aparecerá el día 23". Le propone que hable a los universitarios sobre "la vocación": "Creo que puede V. ayudarnos, y debe hacerlo, a sacar a la Universidad de este callejón en que se ha metido, en donde toda ausencia de vocación tiene asiento". Suárez, como otros intelectuales del momento, es consciente del desaprovechamiento de una inteligencia como la Ortega en la España de los 50, lo que le lleva a exhortar al gran filósofo a que tome partido por los universitarios: "Creo que ha llegado el momento de que V. se encare con la mocedad española en su dimensión universitaria. Ojalá quiera hacerlo a través de nuestras páginas"<sup>16</sup>.

Ortega le contesta a los tres días, y en su respuesta, además de ofrecer a *La Hora* un texto inaugural del curso universitario, encontramos una idea aprovechable para la biografía orteguiana de este periodo: "Agradezco a usted mucho su felicitación por los resultados de mis viajes. Además la acepto –no por lo que atañe a mi éxito personal que a estas alturas de la vida, desgraciadamente, no me interesa nada, tal vez porque estoy hartado de éxitos– sino porque se trata, en efecto, de éxitos cuyo tamaño y densidad *pueden* [*subrayado del autor*] significar algo de primera importancia para mi país. Viceversa, lo que me ha interesado más en estos éxitos ha sido la parte de ellos que no venían tanto de mi ser individual cuanto de lo que hay en mí perteneciente a mi pueblo, raza o como se quiera llamar". Estas palabras, escritas en 1949 en una comunicación privada y no pública de cara a la galería, nos señalan la verdadera altura intelectual de Ortega. Para acentuar más si cabe su auténtico sentido, es conveniente recordar que la prensa franquista, en otro gesto más de mentalidad provinciana, había silenciado los éxitos internacionales del filósofo. Este hecho es una "estupidéz" que "irrita" al propio Ortega, porque la ocultación de su prestigio internacional supone la pérdida de una buena oportunidad de estímulo para sus propios compatriotas. "No le extrañe a usted que yo, desde hace catorce años, no escriba en los periódicos españoles".

El texto que finalmente entrega al semanario estudiantil procede de una conferencia dada el 7 de septiembre de 1949 a los universitarios de la Universidad Libre de Berlín, titulada "*De Europa meditatio quaedam*" que, por su contenido, piensa Ortega que satisface el deseo de la revista de ofrecer a los universitarios españoles palabras de estímulo. La posdata contiene el curioso ruego de que "necesito absolutamente recibir las pruebas para que me las corrija Julián Marías, que es gran corrector. Yo lo soy muy torpe y además no puedo ahora dedicar a la faena un solo minuto"<sup>17</sup>.

Como era de esperar, Suárez le expresa la "alegría y emoción" que le produce recibir la generosa contribución, con la que espera "romper el cerco de

<sup>16</sup> Estas referencias en carta de Jaime SUÁREZ a Ortega, Madrid, 11-X-1949.

<sup>17</sup> Carta de ORTEGA a Jaime Suárez, [s.l.], 14-X-1949.

malintencionado silencio de una prensa de la que más vale no hablar”. El compromiso de *La Hora* con el pensamiento de Ortega es inequívoco y con la publicación del discurso pretenden “abrir combate por unos valores culturales que en modo alguno deben quedar postergados”<sup>18</sup>. El asunto se cierra con una última breve nota de Ortega que acompaña las galeradas, en las que corrige “unos terribles griegos en los que el tipógrafo ha entrado dando mandobles”. “Es la primera aparición de este trozo en que me arrimo bastante al toro y conviene que no lleve erratas”<sup>19</sup>, concluye el autor.

El mismo semanario tratará, en vano, de volver a contar con la firma de Ortega en un par de ocasiones en 1950 y 1952, como muestran las cartas que le envía Miguel Ángel Castiella, a la sazón director de la revista estudiantil, y conservadas en el Archivo. Sin embargo, el filósofo declina estas invitaciones amparándose en su precario estado de salud, y apoyándose en que “no he iniciado aún, ni sé cuándo podré ni deberé hacerlo, la publicación de artículos en publicaciones periódicas”<sup>20</sup>. En respuesta a la invitación de 1952, Ortega se muestra todavía más explícito: “Créame que siento muy vivamente no poder dar cumplimento a la petición que me hace porque desde hace muchos años no publico artículos en periódicos y revistas ni participo en entrevistas o encuestas. Como no me es posible modificar actualmente esa conducta, me encuentro ante un caso de fuerza mayor que me impide corresponder a su deseo como fuera mi gusto”<sup>21</sup>.

Por último, una curiosa publicación de la que debemos ocuparnos al término de este itinerario es el reportaje con fotografías publicado en la revista *Semana* el 28 de febrero de 1950 titulado “Se discute, en la luz y en la sombra, la vida y el arte de Goya”. Como se explica en la “Nota a la edición” del sexto tomo las *Obras completas*, se trata de un coloquio celebrado en el Instituto de Humanidades con el título “Características del arte de Goya”. La autoría y fijación del texto póstumo ha sido posible por el manuscrito conservado en el Archivo de la Fundación.

<sup>18</sup> Carta de Jaime SUÁREZ a Ortega, Madrid, 18-X-1949.

<sup>19</sup> Carta de ORTEGA a Jaime Suárez, [s.l.], 26-X-1949.

<sup>20</sup> Carta de ORTEGA a Miguel Ángel Castiella, [s.l.], 27-IV-1950.

<sup>21</sup> Carta de ORTEGA a Miguel Ángel Castiella, Madrid, 13-XI-1952.

## Documentos:

Carta de Gregorio Corrochano, director del diario *España*, de Tánger, a Ortega. Madrid, 30-III-1949



Carta de Jaime Suárez, director del semanario estudiantil *La Hora*, a Ortega. Madrid, 11-X-1949







“Se discute en la luz y en la sombra la vida y el arte de Goya”, *Semana*.  
[Madrid, 28-II-1950]



### Testamento. 1953

El colofón de esta vasta andadura biográfica y periodística que ahora termina, consiste en la publicación de una serie de escritos procedentes de la conferencia dada por Ortega en Darmstadt (Alemania) el 5 de agosto de 1951. Esta procedencia confirma la repetida afirmación del filósofo de que desde 1940 no ha escrito artículos de periódicos propiamente dichos, sino que son textos de diferente naturaleza. Sin embargo, por las cartas que Ortega intercambia con el director del suplemento literario de *La Nación*, Eduardo Mallea, observamos que el autor sí intervino en el texto de aquella conferencia comentando y dividiendo su contenido en tres entregas periodísticas, que fueron las publicadas en *España* y posteriormente en *La Nación*.

Mallea escribe a Ortega el 26 de junio de 1952. Lo primero que le transmite es el viejo dolor, suyo y de la dirección del diario, por “el estado interrumpido de su colaboración en *La Nación*”. Pero en realidad le escribe para comunicarle que ha llegado a sus manos “la oferta de unos artículos suyos a título exclusivo”, que son los ya mencionados sobre los coloquios de Darmstadt. “La dirección no ha querido que esos artículos fueran a otras manos y los ha adquirido inmedia-

tamente, en consonancia con los sentimientos hacia su persona y obra que antes le expresé”<sup>22</sup>.

La respuesta de Ortega es larga, a pesar de que se vio obligado a retrasarla un año. Efectivamente, el 22 de junio de 1953<sup>23</sup>, escribe a Eduardo Mallea y justifica su demora en que no solo ha tenido que decidir si volver a escribir para *La Nación*, “sino en absoluto de volver a escribir artículos, cosa que no hago desde que el 1940 dejé precisamente ahí de hacerlo”.

Los siguientes párrafos representan un testamento periodístico que nos llega, justamente, al final de este itinerario biográfico. Sin saberlo Ortega, estaba redactando las postreras líneas de esta investigación y poniendo en perspectiva su ingente legado periodístico.

Toda mi vida he tenido que estar atado en la galera de escribir artículos, porque era la única manera de sostenerme económicamente. Esta labor, claro está, ha estorbado gravísimamente la redacción de libros más pensados y completos. Desde 1934 dejé de escribir en España y en los años siguientes reduje mi labor de este tipo a los artículos que enviaba a *La Nación*. Las circunstancias me llevaron a suspender también esa colaboración y, a pesar de la difícilísima situación económica en que me hallaba, tuve la sensación de liberarme y abandonar la galera. Desde entonces no creo haber escrito ningún artículo, porque esos tres sobre el “Coloquio de Darmstadt” que publicaron Vds. no son en realidad artículos, sino un pequeño ensayo de circunstancias para mis lectores y oyentes alemanes.

Sin embargo, desde hace casi cuatro años, volví a sentir la conveniencia de escribir nuevamente artículos. Por dos razones conjuntas: una, porque me daba pena que todos los extraordinarios fenómenos acontecidos en el mundo desde hacía veinte años, no me parecían suficientemente analizados ni diagnosticados. Otra, porque para organizar bien mi trabajo de libros me sería ventajoso aumentar muy considerablemente mi presupuesto y esto solo era posible mediante artículos que hoy me serían en muchas partes admirablemente pagados. Solo si esto último acontecía, me era posible volver a la galera, porque era el supuesto para esta buena organización de mi vida (viajes, buen secretariado, etc.) que me permitiría acabar las obras que tengo tan avanzadas.

Vemos cómo, hasta el final de sus días, el principio radical de la filosofía orteguiana se encarnaba en la propia circunstancia vital del filósofo. No podía Ortega segregar su regreso a la actividad periodística de la realidad a la que el exilio y la salud le habían abocado. Ni la censura ni la solución económica se

<sup>22</sup> Carta de Eduardo MALLEA a Ortega, Buenos Aires, 26-VI-1952.

<sup>23</sup> Carta de ORTEGA a Eduardo Mallea, [s.l.], 22-VII-1953

alineaban en su horizonte existencial para resolver su regreso a la plazuela intelectual del periódico. Es por eso que quiere aclarar a su interlocutor la cronología de los hechos:

Mi ensayo pues fracasó y así pasó todo el año 1952. En diciembre me vine a Lisboa –por no haber estado bien de salud tuve que quedarme en Madrid con mis hijos desde marzo de 1952– y aquí nuevamente me volvió a hurgar el deseo de hacer artículos. Entre tanto me había llegado noticia de que *La Nación* estaba dispuesta a mejorar sus condiciones. Me decidí entonces a reanudar mi colaboración con Vds. Escribí un artículo. Y cuando, poco después, iba a enviárselo a Vd. me encontré con una situación en que era imposible *inciar* [*subrayado del autor*] de nuevo la colaboración.

La labor de escribir artículos de periódico con regularidad no es tarea fácil. Solo quien ha experimentado en carne propia los rigores de “la galera”, conoce el esfuerzo constante y la ingente cantidad de voluntad y energía que hay que poner para cumplir con el compromiso. La juventud que le falta al escritor, por un lado, la dificultad económica sobrevinida por los largos años de exilio, por otro, unidos al insobornable significado que Ortega imprimió a su obra, explican este testamento periodístico que acabamos de leer. Todavía añadirá Ortega otra tilde más: “Ya ve Vd. que los mejores escritores franceses tienen que vivir de los artículos en los periódicos, pero que estos artículos son forzosamente muy breves y no hacen sino descalificar a sus autores”. En definitiva, a la altura de 1953 no está el autor por la labor de echar por tierra lo que habían sido 50 años de prolífica actividad intelectual, exponiendo sus artículos a las arbitrarias mutilaciones de la censura y empeñando una porción de la energía que le requerían otros proyectos y el propio afán de cada día.

Esta última etapa de relación con la prensa podría resumirse con la misma advertencia del “Prólogo para franceses” (1937) de *La rebelión de las masas*, cuando Ortega señala que “el asunto de que trata es demasiado humano para que no le afecte demasiado el tiempo”<sup>24</sup>. Una circunstancialidad semejante es la que atraviesa los últimos años que hemos recorrido en este itinerario: la obra periodística es demasiado humana como para que no le afecte el tiempo. Cómo fue este tiempo lo conocemos bien. Cómo influyeron los complejos años de la Dictadura en la vida y obra de José Ortega y Gasset, es harina para otro costal.

<sup>23</sup> IV, 369.

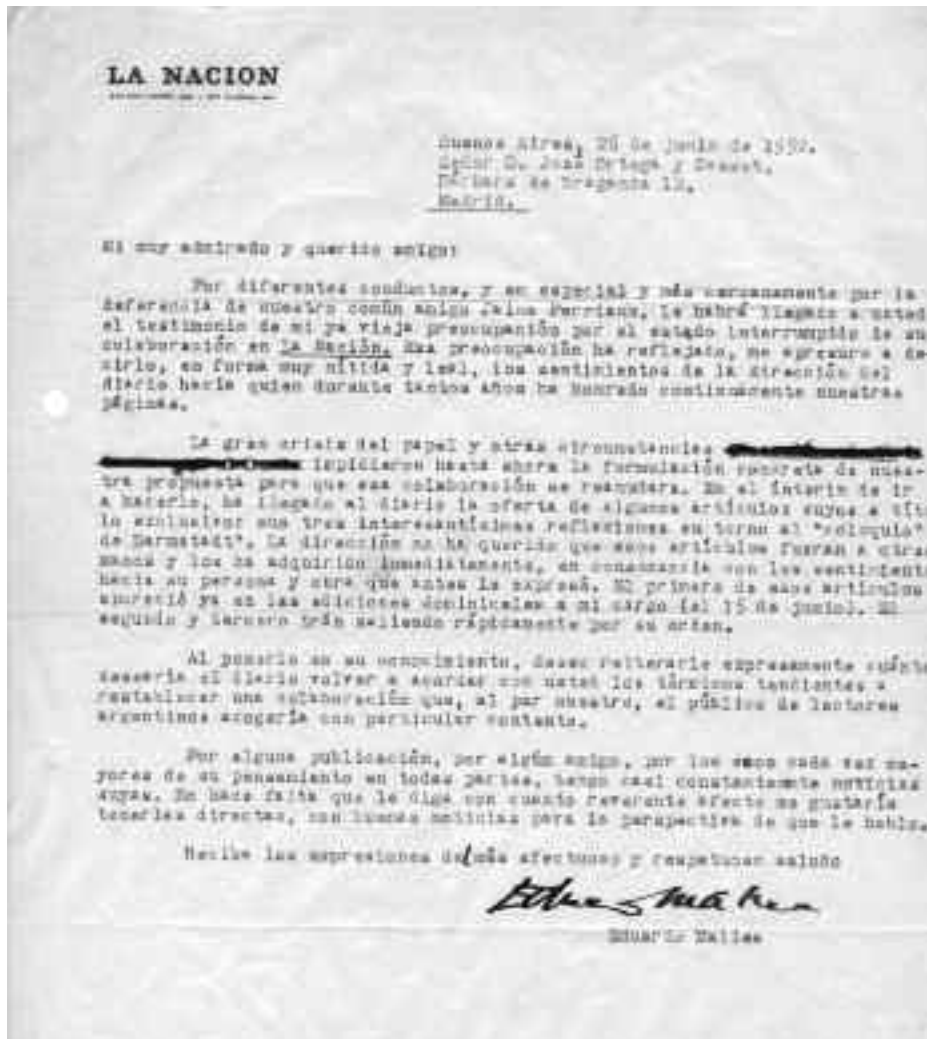






## Carta de Eduardo Mallea a Ortega. Buenos Aires, 26-VI-1952

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



Última carta de Ortega a Eduardo Mallea. 22-VII-1953



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

© Herederos de José Ortega y Gasset.